



Marcelo Simonetti, periodista y escritor:

# "Estar en el cielo, pero con terraza al infierno"

Con la misma sonrisa medio tímida de los 15 años, época en que llegó al diario La Estrella a hacer su primera incursión periodística en la sección deportes —cuando quedaba primer o segundo año en la Universidad Católica de Santiago— Marcelo Simonetti pasó por letra y simultáneamente de los reportajes y crónicas, a los cuentos y a la ficción desatada. Aunque historias se inventó desde que tiene memoria, éstas fueron tomando cuerpo y alma tras participar en los talleres literarios de Jaime Guillier y Carlos Franos. Nacido en Valparaíso en 1966, ciudad con la que siempre mantiene una relación de nostalgia "de lo que probablemente nunca volveré a ser, más cuando la declaran Patrimonio de la Humanidad", Simonetti, quien hoy por hoy trabaja en la revista "El Salado" de El Mercurio de Santiago sostiene que sus columnas literarias tienen un solo objetivo en sus vidas: la felicidad prometida, ya sea, por ejemplo, el poco monumental del equipo de fútbol de sus amores o encontrarse sentido a la propia y fugaz existencia. Incluso, aunque la felicidad dure segundos, tienen que ser espontáneos y que le hacen debates con gran éxito en su primer libro de cuentos "El abismo de madama Crochonda", texto que se encuentra en un mundo fantasmagórico, surreal, siempre al borde del mismo pero siempre distinto.

— ¿Cómo eres cuando estás? ¿Desdentado, quitado de brida, malhumorado, maltratado?

— Un pequeño demonio, desordenado y rubio. La cama fuera del pedestal, nunca puede llevar la colada en su sitio.

— ¿Cuál era el temblor invisible de tu infancia?

— En mi casa había un árbol de damascos. Nos subíamos a él a merendar. Los damascos eran gigantes y la vida se veía bastante bien desde ahí arriba.

— ¿Qué gran dolor de esa época te hubiera visitado?

— El dentista, a ojos cerrados.

— ¿Y qué gran alegría recuperabas de inmediato?

— La catedral de los domingos en la casa de la Nena. Primeras, primas, comida italiana, leche Nevada y jugos. Era el paraíso.

— ¿Qué regalo maravilloso o de cumpleaños es el que más recuerdas de esa época y cómo era?

— Mi bicicleta verde. Era una Cic, con parrilla. A esa edad el mundo no se podía conquistar a pie, pero sí en dos ruedas.

— ¿A qué temía cuando era niño y a qué le temes ahora?

— A la oscuridad, a los gusanos y a la loca fiera que habitaba el Puesto Bultracura. Ahora siento un temor inmenso a desaparecer el último día de mi vida y advertir que he vivido equisitamente.

— ¿Te gustaba el colegio o fue más bien obligada?

— En quinta llegó el Hollywood a ser autónoma. Tanto claro que antes de eso debía pasar por el colegio. No tenía alternativas.

— ¿Qué juegos de los juegos de antes, abusaban tu tiempo?

— El boliche y el conito al año.

— ¿Quién y cómo era tu mejor amigo?

— Tuvieron varios. Nunca más sólo a uno podría acusar-me problemas.

— ¿Qué te habría gustado ser de no ser lo que ahora eres?

— Un arqueólogo que busca ciudades perdidas en la selva amazónica, un director de cine que hace películas como Brasil, el amante de Michelle Plautier o un tipo tan estable como Luciano Woloski.

— ¿De tus virtudes, cuál es la que más cuidas?

— La tolerancia.

— ¿De tus defectos cuál es el que más detestas?

— Cierta apatía que me invade a veces.

— ¿Qué pequeña felicidad aceptarías reconocer?

— Además que veo protagonistas de la fama, pero que quedan entre nosotros.

— ¿Qué te enoja hasta la indignación?

— El abuso de poder y la proporción.

— ¿Qué nunca hacer cuando te despiertas?

— Mordido en un italiano apócrifo.

— La primera práctica periodística fue en la sección deportes del diario La Estrella. ¿Qué recuerdas de ella?

— Los correos de los viernes, que eran largos y bien contados. Y las historias del viaje libre, una lección de la fotografía portafolio.

— Los periodistas deportivos suelen ser buenos relatores de historias. ¿Has hecho pasar por el mundo del periodismo deportivo algún para contar la misma historia pero a modo?

— Bastante. Nunca respetaba la pirámide invertida y todos queríamos escribir como Machado jagado al fútbol.

— Estás considerando un excelente cuento, imaginabas historias desde chico?

— Sí, incluso con mis hermanos hacíamos series radioteatro bien estructuradas.

— Ahora, confiesa, ¿qué cuál de

las dos actividades sería millonaria? ¿Periodista o escritor?

— Si pudiera probar suerte como profesor.

— Tiempo entendido que estás escribiendo una novela sobre un escritor que plagió dos libros, un actor que se cree Borges y una mujer. A la hora de elegir, ¿prefieres el cuento o la novela? ¿Por qué?

— La novela tiene la ventaja de que la relación entre el autor y sus personajes es de largo aliento. Es más abstruso cuando despiertas, cuando te acordabas. Es así por meses (o años). Los personajes a bordo, hasta las últimas consecuencias. Y eso me gusta.

— En tus cuentos los personajes caminan trágicamente hacia el abismo buscando la felicidad prometida. ¿Realidad o ficción?

— De un tiempo a esta parte, los límites entre realidad y ficción los tengo algo corridos. Pero digamos dónde se vende la felicidad prometida que continuamos a hacer día.

— Existe el mito de que en Chile son los mayores para la poesía

que para la novela. ¿Qué piensas? ¿Será una carga genética?

— Puede ser, claro, por qué no. Lo raro es que en el país de los poetas nadie lee poesía.

— El mejor libro es el que se escribió, el que está por escribirse o el que no se escribió jamás. ¿El que se está escribiendo?

— Tú puedes viajar a través del tiempo y juntarte con un personaje ya desaparecido con el que siempre has querido conversar largo y tendido. ¿Qué sería el elegido, dónde se juntarían, qué cosa le preguntarías?

— Con Borges en un café de calle Conchales. No lo dejaría ir hasta que me dijera dónde está el Aleph.

— ¿Qué canciones consiguen transportarte a la época de tu primer amor?

— Las de Carole King o Cat Stevens.

— ¿Qué palabras o dichos del lenguaje popular chileno te hacen más gracia?

— Hay uno que es bien de campo y sirve para varias discusiones: "Si le digo que el churcho era negro es porque tengo los pelos en la mano".

— En qué situación te hallarías en la cumbre de la felicidad?

— Aquella Camilo decía que para él la felicidad consistía en un correo a la pobeta. En esa zona, para mí sería una sopa de cebolla.

— ¿Cuáles serían tus vacaciones ideales?

— En el cielo pero con una terraza con vista al infierno, que debe ser más entretenido.

— ¿En qué ciudad chilena o extranjera te gustaría vivir?

— Lisboa.

— Si supieras que sólo te quedaba media hora de vida, cómo la emplearías?

— Escribiría mi epitafio o ayudaría a cerrar el bicho.

— ¿Cuál es el rollo que más te retarda?

— "Keep walking".



# **Estar en el cielo, pero con terraza al infierno" [entrevista] [artículo] :**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Simonetti, Marcelo, 1966-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

2003

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Estar en el cielo, pero con terraza al infierno" [entrevista] [artículo] :

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile